

“Tierra que vuela” Un ensayo fotográfico para una aproximación antropológica al juego de las bochas

Magdalena Belén Aquino
UBA
magdalenaesbelen@hotmail.com

Desnuda una cancha de tierra, dos tríos con un par de bochas por cabeza. Las rayas, las lisas y un blancuzco bochín como objetivo. El suelo compacto y húmedo ansía el juego, la huella. Un pedazo de tierra forzado por la mano del hombre para ser lo más plano posible en este mundo redondo.

Bautiza la cancha el primer trío, arrimando el bochín.

Reina un silencio solemne. Cada jugador dibuja su trazo en la cancha y posiciona sus bochas. Marcan con tiza la huella del juego sobre la tierra. El adversario da el bochazo, la tierra vuela, se disipa en el aire, y rápidamente acude -jarrito y palito en mano- a reparar, a tapar el bochazo, a devolver la tierra a su oriundo suelo.

Las miradas se fusionan en un punto de fuga, la jugada del momento y el cuerpo se agita en su lugar buscando anticipar su parada. Los movimientos e interacciones sigilosas respetan la concentración lúdica. Por momentos una risa, un grito irrumpen el silencio develando las emociones contenidas en el suspenso en desarrollo.

Entre arrime y bochazo las pausas abren el debate sobre lo que el juego no resuelve por sí mismo.

Fin del juego, celebrado el resultado, la charla se extiende mas allá de la cancha. El retorno de las camperas, los guantes y bufandas. Todos se dispersan. Permanece un guardián, que riega y cubre con nylon el suelo de la cancha. El olor a tierra mojada inunda el ambiente, el polvo etéreo y volátil es convertido en barro para asentarse una vez más en nuestros suelos. Tierra que vuela y vuelve a la tierra transformada por el dibujo del juego, por el calor de las emociones y el trazo del juego.

Se dice que el juego de bochas se infiere ya de egipcios, griegos y romanos. Que - difundido en Europa- fue prohibido en el Medioevo pues obstruía la práctica de tiro. Juego prohibido, juego que distrae al hombre de las batallas.

En Argentina el tango y las bochas fueron emergentes del aluvión migratorio de fines del siglo XIX que redefinieron nuestras identidades y estéticas cotidianas. Posteriormente y latiendo fuerte en los jóvenes ambas prácticas fueron prohibidas para pasar a ser bailadas en la oscuridad de pulperías, clubes y boliches.

Materialmente el juego de bochas exige una cancha, un tablero, doce bochas y un pequeño bochín blanco. Pero el universo de las bochas no se agota en su materialidad. Su potencial es que dicha simplicidad abre un enorme espacio lúdico donde se despliegan la amistad, el vermic, el diálogo y la concentración. Clubes y plazas abandonadas resignifican la llamada *cultura inmaterial*. Los restos arqueológicos suelen mostrar resabios de culturas creadas y

y recreadas cotidianamente por miles de almas con sus singulares vidas, emociones y conflictos. El vacío de nuestras canchas suscita la idea de expresión soterrada, de algo que era y deja de ser, de una bocha que sin calor no arrima al bochín.

Fuera del incentivo económico, su visibilidad o estatus como deporte la continuidad del juego parece depender de la iniciación y socialización de nuevas generaciones.

El juego invita a diversidad de personas pero sin una socialización lúdica la disposición del hombre a jugar no actualiza, el juego no atrapa.

En el imaginario es una práctica asociada a la tercera edad masculina pero la mayoría la conoce y al menos una vez fue iniciado por sus mayores.

Actualmente el país cuenta con 22 mil jugadores afiliados, clubes de tradición bochófila que convocan a nuevas generaciones, buscan su inclusión en los Juegos Olímpicos y la Federación Argentina de Bochas se ha dedicado a reglamentar el juego, fomentar la proliferación de canchas y promover su estatus como deporte.

Sin embargo la gradual pérdida de espacios públicos y encuentros socio e intergeneracionales disminuye la iniciación y socialización de nuevas generaciones bochofilas.

Muchas plazas han clausurado sus canchas quedando el juego confinado a clubes y centros de jubilados locales. El juego parece devenir en una práctica que solo actualiza en forma de ocio de cierto grupo etéreo puertas adentro. La ciudad expone una grieta sociolúdica donde la calle, el graffiti y el skate de las nuevas generaciones raramente se vinculan a los centros de jubilados, el tejo y el juego de bochas. En este sentido, la continuidad del juego demanda la creación de nuevos espacios de encuentro intergeneracional como también la preservación y mantenimiento de las viejas canchas de plazas públicas.

Las medidas vinculadas a nuestra cultura inmaterial deberían interpelar a todo el espectro generacional e incentivar la creación de espacios que habiliten una cotidianeidad intergeneracional. De esta manera nuestro patrimonio podrá no “sobrevivir” sino convivir con nuestro presente y conjugarse con nuestros contemporáneos.

Ensayo realizado durante mis visitas al centro de jubilados "24 de Octubre" de Ituzaingó en el marco del "Taller virtual: Metodologías participativas de registro fotográfico del PCI" dictado por el Crespial. Mi agradecimiento a su calidez.







